



EL  
EJÉRCITO  
DE LAS SOMBRAS

SIMON CLARK

David Leppington llega al minúsculo pueblo en el noreste de Inglaterra que lleva su apellido y donde su familia vivió durante más de mil años. David se alberga en el hotel regentado por la extraña y seductora Electra, y donde hay sólo otro inquilino, la joven Bernice. Poco después llega Jack Black, un expresidiario cubierto de cicatrices y tatuajes al que Electra ofrece alojamiento a cambio de trabajo. Entre los cuatro averiguarán que bajo la apariencia simple y apacible del pueblo se oculta una historia terrible y un submundo ávido de muerte...

Ésta es una adictiva novela que da otra vuelta de tuerca al tema del vampirismo, vinculándolo a la mitología nórdica y despojándolo de cualquier *glamour*. Una obra consistente que atestigua por qué Simón Clark es uno de los más prestigiosos autores de terror británicos.

# EL EJÉRCITO DE LAS SOMBRAS

Simon Clark

# COMIENZA EN LA OSCURIDAD

## 1. La habitación del hotel. Medianoche

Ella tenía veintitrés años; rubia, ojos oscuros.

No podía dormir, aunque llevaba más de una hora en la cama.

¿El motivo de esa falta de sueño?

Estaba asustada. Tan asustada que parecía que el corazón se le había congelado hasta convertirse en una gran bola de hielo azul. Le helaba la sangre de la cabeza a los pies.

Se le había metido en la cabeza que alguien caminaba por el pasillo del hotel por delante de su puerta. Deambulaba arriba y abajo, arriba y abajo. No oía nada, era cierto, pero lo sentía. Si cerraba los ojos podía sentir, como si fueran propios, esos silenciosos pies caminando, presionando la fea alfombra roja tras la puerta. Los pies, en su imaginación, estaban siempre descalzos.

Se subió la sábana hasta la nariz y cerró los ojos.

Pero los pies continuaron caminando silenciosamente ante su puerta. Pies descalzos que se hundían en lo que quedaba de la alfombra de treinta años.

*Podría abrir la puerta y ver quién hay.*

Siempre se le ocurría el mismo pensamiento.

Pero para abrirla tendría que arrastrar la pesada cómoda que hacía de barricada.

Además, últimamente había empezado a imaginar quién podría haber al otro lado de la puerta, caminando incesantemente hora tras hora, noche tras noche. Su imaginación siempre conjuraba imágenes de un hombre gordo con agujeros ensangrentados en la cara, donde deberían estar los ojos.

El primer señor del engaño es la Imaginación. Siempre estaba ansiosa por dejar entrar en su mente aquellas imágenes que están calculadas con tanta precisión para asustar Bernice, antes de apagar la luz, mira debajo de la cama por si está acechando el psicópata... ¿Y eso que hay en el fondo del armario es una mano cortada? Y no te olvides de la rata hambrienta que acecha en el sifón del inodoro cuando te sientas en la taza. ¿Puedes imaginarte el dolor de ese mordisco?

Miró de nuevo la puerta, la enorme cómoda que arrastraba cada noche por el suelo colocada contra ella. Ahora atrancar la puerta formaba parte de la hora de acostarse tanto como cepillarse los dientes, quitarse las zapatillas y...

*Adelante, Bernice, mira debajo de la cama en busca de ese psicópata de ojos enloquecidos que saldrá en el momento en que te quedas dormida.*

No hacía falta decir que nunca había nada debajo de la cama: sólo bolas de pelusa y (la primera vez que miró nerviosa allí debajo) un par de calcetines hechos un ovillo que había dejado algún antiguo inquilino del hotel. Los recogió con una percha y los llevó con los brazos por delante hasta la papelera del rellano, como si fueran radiactivos o algo así.

Y ahora su imaginación, con alegría exquisitamente sádica, le estaba diciendo que alguien caminaba por el pasillo... *alguien sin ojos, Bernice; alguien con sólo agujeros, grandes agujeros ensangrentados, donde deberían estar los ojos; con un cuerpo grande, gordo e hinchado, y dedos grandes y gruesos, que sonríe mientras hace chasquear*

*guantes de látex manchados con los fluidos corporales de dulces jóvenes...*

Con un suspiro irritado se sentó en la cama y encendió la lámpara de la mesilla de noche. No, Bernice, se dijo con firmeza, no hay nadie caminando ante la puerta. Es tu imaginación. Tu apestosa, miserable, podrida imaginación.

Pero en el fondo sabía que si abría la puerta sería el final. Le esperaba el mismo destino que al hombre del vídeo.

## 2. Videodiario. Pasada la madrugada

Los alcohólicos deben de hacer exactamente lo mismo, pensaba. Ven la botella de vodka. Saben que no deberían cogerla, abrir el tapón, beber. Pero no pueden evitarlo. La botella tiene ese poder sobre ellos. Puede obligarlos a hacer cualquier cosa. La maleta en el fondo de su armario ejercía exactamente el mismo tipo de influencia. Rila quería tirarla (¡que siguiera el mismo viaje sin retorno que los calcetines llenos de polvo hasta el vertedero municipal!), pero no podía.

Era como si aquella maleta de cuero marrón de imitación la llamara por su nombre y le dijera que abriera los cierres plateados, levantase la tapa, mirara asombrada su contenido: ropas limpias en bolsas, hojas arrancadas de un bloc de notas sujetas por una tira de goma, un par de zapatillas blancas con las suelas manchadas de una sustancia negra pegajosa. Luego la videocámara. Y los vídeos. Aquellos malditos, estúpidos, horribles vídeos. Debería quemarlos, de verdad que sí.

Pero como la botella de Smirnoff del alcohólico que sobresale en medio de embutidos y bolsas de guisantes congelados en el frigorífico o dondequiera que el ansia la hubiera escondido, aquellos vídeos (aquellos malditos, estúpi-

dos, horribles, *aterradores* vídeos) la llamaban por su nombre. Mentalmente podía imaginar (igual que podía imaginarse al hinchado y monstruoso hombre muerto/vivo sin ojos, caminando más allá de su puerta), podía imaginar las cintas de vídeo de la grabadora. Había una que veía siempre (me elige, no la elijo yo, se decía con un suspiro fatalista). Tenía una etiqueta escrita a mano: VIDEODIARIO. CORTE SIN MONTAR.

Verlo era la última cosa que quería hacer.

Durante un minuto entero miró el armario, imaginando la maleta marrón, los vídeos dentro, ahuecados en las bolsas repletas de ropa limpia... *me elige, no la elijo yo...*

Entonces, con el suspiro derrotado del alcohólico que ha prometido que no habrá otra recaída (¡nunca, nunca, JAMAS!), se dirigió al armario.

*Bernice, ésta es la última vez. ¿Me oyes?*

Temblando, asustada, y sin embargo extrañamente ansiosa, se dispuso a ver la maldita cosa.

### 3. La Caja Muerta. Siete días antes

Todos los hoteles, grandes y pequeños, tienen una Caja Muerta. Vale, la llaman por diferentes nombres: Oficina de objetos perdidos; el Vertedero del muerto; Sala de basuras; Agujero negro; Almacén de pertenencias abandonadas; Letrina, y muchos epítetos más.

De cualquier forma, la propietaria del hotel Estación lo llamaba la Caja Muerta. Lo decía con tranquilidad, con una sonrisa que daba a entender que el nombre Caja Muerta tenía un significado oculto, algo más que lascivo. Bernice había sonreído también, sin saber si Caja Muerta tenía un doble sentido gracioso.

No tenía ni idea de cómo había acabado rebuscando entre los contenidos de la Caja Muerta del hotel Estación. Pudo ser que estuviera aburrida en su día libre en la granja, que estuviera lloviendo, que estuviera harta de la única calle de compras del pueblo, que... qué demonios. Se había descubierto en la habitación bajo la escalera y eso fue todo.

Al recordarlo ahora, podía creer que fuerzas más allá de su comprensión la habían guiado hasta ese cuarto de techo inclinado que seguía el ángulo de cuarenta y cinco grados de la escalera, iluminada por una sola bombilla que colgaba de un cable del techo.

Por diversos motivos, los huéspedes de los hoteles a veces se marchan sin avisar. El motivo obvio es que no quieren (o no pueden) pagar la cuenta. Para evitar despertar los recelos del recepcionista, se marchan sin las maletas, como si fueran a dar un paseo por el pueblo. No regresan. Las maletas (normalmente sin ningún valor, con ropa sin valor tampoco) se guardan en la Caja Muerta. Las maletas abandonadas del hotel Estación se remontaban a más de cien años atrás y contenían una variedad de ropa que a Bernice le parecía sorprendente.

Algunas le hacían un nudo en la garganta. Un gran arcon contenía el ajuar de una novia victoriana, de crujiente ropa interior de algodón y un camison todavía doblado perfectamente para la luna de miel que nunca fue. Esto estimuló la imaginación de Bernice. ¿Se habían fugado los amantes? Pero ¿por qué no se llegaron a casar? Tal vez el novio lo pensó mejor el día antes de la boda y dejó a su prometida en el hotel con la factura sin pagar y el precioso ajuar comprado con el poco dinero que la muchacha había podido ir sisando en su trabajo de criada.

Algunas maletas más viejas eran sombriamente fascinantes. Cien años atrás, los que querían suicidarse se alojaban en hoteles donde se quitaban la vida. Era una práctica bastante común. Un hombre quiere morir, pero no desea



que su esposa y sus hijos experimenten la conmoción de encontrar su cadáver. Así que pide una habitación en un hotel. Mete toallas por debajo de la puerta para cerrar el flujo de aire fresco lo mejor posible. Luego abre las lámparas de gas sin encenderlas; se tumba en la cama, los dedos entrelazados sobre el pecho, y oye el siseo del gas de carbón inundar la habitación y luego sus pulmones. En la Caja Muerta, Bernice había encontrado una nota escrita con letra recargada: «Pongo fin a mi vida alegremente. No hay otro responsable más que yo».

No hay otro responsable más que yo.

Los suicidas Victorianos eran corteses y atentos incluso ante su propia muerte. Se tomaban la molestia de asegurarse de que nadie se echaba la culpa de su suicidio. Sus notas terminaban invariablemente, de la misma manera: «No hay otro responsable más que yo».

Bernice se preguntó por qué ningún pariente había recogido las pertenencias del suicida. No es que hubiera nada de valor. Al fin y al cabo, ¿quién querría los calcetines y los calzoncillos de un muerto?

Miró la segura y decidida firma con lápiz negro: William R. Morrow. Me pregunto en qué habitación encontraste la muerte, señor Morrow.

Trató de detener la vocecita en su cabeza que corrió a darle la respuesta. Se la dio ansiosamente y con imágenes: el señor Morrow ahogándose, los ojos salidos por el gas de carbón.

Veamos, ¿en qué habitación encontraste la muerte, señor Morrow?

*En la mía, dijo la vocecita. Murió en mi habitación, la número 406. Se le salieron los ojos. Cállate, le dijo, sólo estás intentando asustarme. Además, a nadie se le salen los ojos, ¿vale?*

Más tarde, Bernice se vio obligada a formular la pregunta:

—¿Cuántas personas se han suicidado en el hotel?

La propietaria le dirigió su habitual sonrisa pícaro.

—Ni se sabe. Sólo lograría asustar a los otros huéspedes y ahuyentarlos. Ahora bien, si encuentras algún tesoro enterrado allí, lo compartirás conmigo, ¿verdad?

Entonces Bernice encontró oro. Descubrió la maleta que contenía la cámara y las cintas de vídeo. El vuelco que sintió en el estómago fue una mezcla de sorpresa, deleite, curiosidad... pero, sobre todo, fue desazón.

La sensación se intensificó.

Ahora, en su habitación, pasada la medianoche, sabía el porqué de esa desazón.

—Porque sabía que estabas allí todo el tiempo —le dijo a la cinta de vídeo que tenía en la mano—. Estabas esperando que te encontrara, y que descubriera tu secreto.

Pies sobre la alfombra. Pies sobre la alfombra. La sensación de alguien que caminaba tras la puerta bloqueada por la cómoda regresó con fuerza. Pies descalzos sobre aquella ajada alfombra roja. *Oh, no, señor Morrow, sin ojos y hambriento y tan muerto como se puede estar, no vas a entrar aquí a compartir mi cama. ¿No te cansas de tanto andar, señor Morrow? ¿Y ese interminable mirar la puerta de mi cuarto con esos dos agujeros ensangrentados donde deberían estar tus ojos? ¿Y si abriera la puerta y viera si realmente hay...?*

Sólo había una forma de acallar realmente la vocecita. Metió la cinta en el vídeo. Un escalofrío recorrió su espalda mientras el mecanismo de carga le arrancaba la cinta de las manos y la engullía entera en las tripas de la máquina, una sensación extraña a la que nunca podría acostumbrarse. La forma en que parecía quitarte la cinta de las manos, como si fueras a cambiar de opinión y ponerte a hacer otra cosa.

Lo cual no estaría mal.

No, no había ninguna opción en aquella solitaria habitación de hotel a medianoche, con la lluvia cayendo silenciosa sobre las calles desiertas de Leppington.

Era el vídeo.

O apartar la cómoda, abrir la puerta, ver qué era lo que caminaba por el rellano.

*Oh, buenas noches, señor Morrow. Nos hemos hinchado, se nos han vuelto los labios verdes y nos hemos quedado sin ojos en la tumba, ¿eh? Ven a la cama y acurrúcate; tengo una garganta desnuda y hermosa; venas gruesas como plátanos...*

Sintió un profundo escalofrío que le llegó hasta las raíces del corazón. Aquella maldita voz en su cabeza, murmurando tonterías todo el tiempo. Tenía que hacerla callar.

Sólo estaba el vídeo. Le preocupaba y la asustaba. Pero ¿qué otra opción tenía?

Encendió la tele, la puso bajito para no despertar a los otros huéspedes que sin duda disfrutaban de dulces y maravillosos sueños, y pulsó el botón de inicio en el aparato de vídeo.

Entonces, como si hubiera encendido la mecha de una traca particularmente peligrosa, corrió de vuelta a la cama, se acurrucó, las rodillas hasta el pecho, y contempló la pantalla, cubriéndose con las mantas hasta la punta de la nariz.

El título apareció en la pantalla:

## UN VIDEODIARIO

No era un videodiario. Era una historia de terror.

### 4. Televisión a altas horas de la noche

La chica contemplaba el televisor desde la seguridad de su cama. No había música de presentación. Y cuando el título videodiario desapareció de la pantalla fue sustituido por un plano fijo del frontal del hotel Estación: un edificio de ladrillo rojo de cuatro plantas con una torre puntiaguda en cada

esquina. (La propietaria siempre decía que parecía el castillo de Drácula. «¿A que da miedo, querida?», murmuraba a través de una bruma de humo de cigarrillo). Bernice suponía que el vídeo era un documental de viajes de bajo presupuesto para alguna cadena extranjera. En estos tiempos de televisión controlada por contables, cada vez había más programas realizados por un tío o una tía con una cámara y el valor de decir: Mira, puedo hacer un gran programa por mi cuenta. A la mierda lo que pensarán el público y la crítica, a los administradores de los canales de televisión les encantaban aquellos presupuestos bajos, bajísimos.

Bernice subió un poco más las sábanas. La cama era cálida y se sentía segura, como si un impenetrable campo de energía la rodeara.

Sus ojos se concentraron en la pantalla con una morbosa intensidad que sólo había experimentado una vez antes, después de ver un accidente de coche cuando regresaba a casa del colegio...

*¡Mamá! ¡Mamá! ¿Has visto toda esa sangre? Era toda roja oscura y negra y tenía trocitos blancos, como pegotes de manteca...*

Ahora la pantalla ejercía el mismo tipo de temible fascinación.

Vio cómo un hombre de unos veinticinco años aparecía en imagen y le hablaba a la cámara con el hotel al fondo (*Mi habitación es ésta del piso de arriba, pensó ella. ¿Hay una cara en la ventana? Pálida, hinchada, sin ojos*).

Se concentró en la voz del hombre (americano: palabras pronunciadas con suavidad, cultivado, bien educado; un hombre atractivo con pelo rubio y gafas). Hablaba de manera amistosa (*me habría gustado conocerlo... no como al viejo y muerto señor Morrow que arrastra sus pies hinchados por la tumba delante de mi puerta*).

Prestó atención a las palabras del joven y la atormentadora voz de su cabeza por fin (menos mal) se desvaneció.

—Hola —dijo el hombre de la tele—. Es el sexto día de mi viaje por la Gran Bretaña fantasmal, un país antiguo habitado no sólo por hombres, mujeres y niños de una moderna nación industrializada, sino también por demonios, dragones y monstruos del folclore. Aquí estoy en el pueblo comercial de Leppington, a poco más de quince kilómetros al noroeste de la ciudad costera de Whitby. La misma Whitby fabulosa donde el conde Drácula desembarcó en la novela de Bram Stoker de 1897.

»Leppington, con una población de tres mil habitantes, basa su prosperidad en la muerte. Durante más de cien años su principal fuente de ingresos fueron el matadero y la fábrica de envasado que se encuentran detrás de la estación de tren. En 1881, el alcalde Harding Leppington, patriarca de los Leppington, una familia tan indisolublemente relacionada con el pueblo que comparten el mismo nombre, consiguió un contrato para suministrar carne enlatada a la Marina Británica, entonces el último invento. Los granjeros de las montañas cercanas conducían sus ovejas y vacas por el centro del pueblo, subían por la calle principal, dejaban atrás la iglesia y el hotel que tengo detrás, cruzaban la plaza del mercado y los hacían pasar a través de las verjas de hierro forjado del matadero. Los animales eran sacrificados a millares: en aquellos tiempos, las ovejas, e incluso las vacas, eran colgadas vivas por las patas traseras, luego se les cortaba la garganta. Después de dejarlos colgando durante horas para permitir que la sangre cayera de sus cuerpos a los canales especialmente labrados en el suelo, los animales muertos eran trasladados a la zona de despiece, donde cientos de hombres furiosamente ocupados los cortaban en trocitos lo bastante pequeños para que pudieran ser cocinados en lo que básicamente eran calderos, calentados por una tonelada de carbón cada vez. Esas tinas eran tan grandes que podían contener cómodamente un camión pequeño. Entonces la carne cocinada pasaba a las latas, que en aquella época estaban hechas de puro esta-

ño, y éstas se sellaban, se enfriaban y luego se enviaban a los barcos de su majestad, donde podrían ser comidas sin problemas hasta dos años después de que los animales condenados hubieran trotado por última vez sobre los adoquines que estoy pisando ahora. La "Carne en salsa nutritiva y médica del coronel Leppington", como se conocía el producto, podía encontrarse en las bodegas de los barcos de cualquier parte desde Alaska a Zanzíbar.

»Así que esto es Leppington: el pueblo construido sobre la sangre. Mucho antes del comunismo, los trabajadores de la fábrica de carne de Leppington eran conocidos como "rojos". Se los veía regresando a casa por las noches, rojos de la cabeza a los pies, manchados por la sangre de los animales sacrificados ese día.

Ahora venía una secuencia de imágenes del pueblo: la estafeta de correos y el supermercado (antiguamente un hospital de leproso), la iglesia, San Colman (fundada en el 670 después de Cristo, originalmente celta, luego romana, después anglicana, destruida por un rayo en el año 681 y por un terremoto en el 1200 y dañada por un bombardeo nazi en 1945), con sus antiguas lápidas con guerreros luchando, montando a caballo o incluso apareándose con monstruos femeninos: los historiadores todavía discutían sobre esos relieves.

Después de las lápidas venían unas tomas del río.

—El río Lepping —decía el narrador—. Se cree que en tiempos prehistóricos llevaba el nombre de una diosa, como es costumbre en Gran Bretaña. En Escocia, el Clyde lleva el nombre de la diosa Clota, que se interpreta como «la Limpiadora divina»; el nombre del río Dee viene de Deva, que significa «diosa».

Había más escenas del Lepping: aguas veloces arremolinándose blancas alrededor de peñascos del tamaño de coches; un muchacho intentando optimista pescar un salmón.

El narrador continuaba hablando, con su suave acento:

—El nombre Leppington, de origen noruego, aparece por primera vez en los escritos de la abadesa de la Abadía de Whitby, una tal santa Hilda, que vivió unos seiscientos años después de Cristo. Ya se había hecho famosa por arrojar todas las serpientes locales por el acantilado y por terminar luego el trabajo cortándoles las cabezas con un látigo.

»¿Una monja empuñando un látigo, decapitando a la serpiente con forma de falo? Si eso no les trae imágenes de sadomasoquismo freudiano, entonces nada lo hará. De cualquier forma, en el año 657 después de Cristo envió una carta al legislador local, el rey Oswy de Northumbria. En ella, escribía: “Leppingsvalt (como era conocida entonces) es un nido de demonios que picotean los ombligos y sorben la sangre de los hijos de Dios. Han engordado con la sangre de los inocentes y se ceban con los viajeros, mercaderes y peregrinos por igual. Ven en la oscuridad y poseen artes nigrománticas”. Continúa en este tono airado, incluso acusando a los habitantes demoníacos de Leppington de actuar como alcahaleros del Diablo. Termina con la petición de que Leppington, o más bien Leppingsvalt, sea quemada hasta los cimientos y se rocíe la tierra con sal. Sin embargo (siempre hay un gran “sin embargo”, ¿no?) —continuaba la voz tranquila mientras aparecían imágenes del café Eatwell de Leppington: “Pastelillos de carne y cidra, nuestra especialidad”—. Leppington era el hogar de más de doscientos trabajadores del estaño (la minería de estaño era un trabajo sucio, peligroso y altamente especializado), y éste era vital para las arcas del rey. Si mandaba matar a los mineros (aunque eran paganos declarados con costumbres antisociales), creaba un agujero gigantesco en sus propios ingresos. Por tanto, su alma intrigante le sugirió a santa Hilda que, en vez de masacrar a la población en nombre de Cristo, se encargara de bautizar y cristianizar a la fuerza a los paganos habitantes de Leppingsvalt y que luego supervisara la construcción de una bonita iglesia, y nada más. Así que los bautis-